

LAS PALMAS, «¡UNIVERSIDAD, YA!»



Una ingente muchedumbre ilusionada entre los aplausos y los gritos desde todos los balcones

Aquí el redactor-jefe le encomendaba a uno al olvido de lo estrictamente informativo, incitándole en cambio a la captación de la intrahistoria, de la efervescencia y del inconsciente colectivo de los manifestantes. Y hay que decir primero de esta marcha multitudinaria —había quienes contabilizaban las 100.000 personas en la concentración, desde media hora antes del comienzo, pero al final serían 200.000—, cuantitativa y cualitativamente la más importante de la historia de la provincia, que no se caracterizó precisamente por ninguna pasión en desenfreno. Fue, en efecto, más ateniense que tribal, lo cual pudo satisfacer, sobre todo, a aquellos temerosos que auguraban, por coincidencia de la fecha, algún amago de sanfermines asistiendo al encierro del toro universitario con la cornamenta presumiblemente tinerfeña. Nada de eso hubo, sino, muy por el contrario, el grato grito: «Tenerife, hermano: juntos luchamos»...

Antes de la partida, ejercida, eso sí, y dicho sea en alto, con una puntualidad de suiza relojería, sonaban los imperiosos megáfonos disponiendo al personal más variopinto, casi imposible de puro heterogéneo. Algunos hasta quedaban inermes y desarticulados al tener que doblegarse en saludos simultáneos a gentes conocidas en lugares remotísimos, que ni en sueños hubieran podido ser relacionados. De entre los ruidos reiterando lemas e instrucciones, surgía el soliloquio de alguien invitando a tales o cuales gestos. Por entre la aglomeración se hacía fácil advertir la presencia generosa e infatigable, con los atuendos peculiares de campaña, de Fernando el Bandera, y su trompeta rigurosa no callada ya hasta el Obelisco. El venerado Julio Santamaría, articulista habitual de este periódico, que de enseñar la dona-

ción de las sensibilidades pasó a la praxis de la donación de los riñones, nos lamentaba alguna inexcusable ausencia.

Un cierto desoriente se apoderaba de la marcha en sus comienzos —las frases irregulares y miméticas, demasiado localizables y prestas a extinguirse— durante el escaso tramo de la calle León y Castillo. Luego se aupaba en calor el griterío, perfilándose las rimas, a medida que se entraba en la ancha calle del poeta. Sólo el PCE, en momento fervoroso —por lo demás, pionero en sacar el lema que incluía a Tenerife— cometió la osadía: «La culpa es de la UCD», callando ipso facto al silbido de las gentes delanteras. Las palmas iban a ser en adelante el medio de expresión favorito para exigir una Universidad de Las Palmas. Los de la marcha —que desde la cabecera a la cola tardaba una hora en transcurrir un punto fijo— incitaban a los cómodos expectantes de los balcones y de las aceras. A veces de forma desenfadada —«No nos mires, únete»— y otras de forma ceñuda: «Canario, escucha, mirando no se lucha»... La basca más joven del Círculo Mercantil produjo por fin alguna sonrisa con el paracancioneo del himno verbenero: «Canarios, somos, canarios seremos y la Universidad aquí la tendremos»; y la murga «Los Marchosos» echaba el balanceo de piernas a todos el repertorio vindicante. Tan sólo advertir el vedettismo de algunos grupos políticos, que guardaban del grueso una distancia ciertamente sospechosa. ¿Será o no Pericles Mayor Zaragoza?

Esta información la han elaborado
SANTIAGO BETANCORT BRITO, ANGEL
TRISTAN PIMIENTA y ANTONIO PUENTE

Y los gráficos

ADOLFO MARRERO y C. QUESADA



En la Plaza de la Constitución estallaron las emociones con el canto del «Gaudeamus igitur», himno tradicional de la Universidad